

De mis locos días en China

Capítulo I

EDUARDO NARANJO

Xing Xiaosheng vino a verme al estudio allá por los ochenta. Lo hacía a través de mi antigua joven modelo Taziana Fisac, de las poquísimas personas que en España por entonces hablaba chino. Ella había ido, o iba a ir, de traductora con nuestros anteriores reyes en su visita a China.

Más bien alto y enjuto y de rasgos agraciados, aún bastante joven por esos días, pronto fui preso de su desbordante naturalidad y simpatía. Lo cual unido a la fina ironía de la que, no más pronunciar nosotros las primeras palabras, él hizo gala, logró que enseguida nos viéramos inmersos en la más distendida y agradable de las conversaciones, como si nos conociéramos de toda la vida. Él, que habla perfectamente nuestro idioma, no más presentarse me dijo de su larga amistad con Tápies, con el que, a su paso (o entrada en España) por Barcelona, había estado unos días antes. Y que esa misma mañana acababa de conocer a Anto-

nio López. Los tres artistas españoles que, aunque en sumo distintos, él admiraba, y quería dar a conocer nuestras obras en China, donde de éstas, como casi de todo el arte occidental, recuerdo que más o menos fueron sus palabras, muy poco o nada allí se sabía. Que iba a escribir un libro, o libros, sobre nosotros.

No dudé después de despedirnos de que, ciertamente, de haber alguna, era él la persona capaz de llevar a buen término lo que decía. Era hombre culto, instruido y entusiasta. Y, lo que mayormente me había sorprendido, muy al tanto del arte occidental, algo excepcional en los de su país, como yo ya sospechaba y él me había confirmado.

Y en efecto, no me equivocaba. Un año escaso después me mandó estos libros, más algunos artículos en revistas de arte publicados, y una larga lista de las conferencias impartidas por él sobre nosotros y nuestras obras, con los lugares y fechas en que tuvieron lugar. Dudo ahora si en aquellos años volvimos a vernos, pero sí tengo claro que, pese a sabernos ya siempre amigos, pasaron a continuación muchos, muchísimos lustros más sin saber el uno del otro.

Casi tantos hacían ya de estos cuando me llamó Rao, a quien, en cambio, ya desde un principio me costó entenderlo, pues así de malo y confuso era (y es) su español. Sí pude poner en pie algo así como que traía entre manos la idea de una exposición de los realistas actuales españoles en China y que deseaba hablarme de ella.

Rao y Angie, matrimonio ellos de pintores con larga residencia en España, se personaron en mi taller acompañados, ya, creo, de Cristina, madre del novio de su única hija, Yinong, según me dijeron. Y de manera un tanto ambigua y atropellada me hablaron de esa muestra colectiva que tenían en mente hacer. Si bien, como a su torpe modo trató de explicarme Rao, en China los realmente conocidos y en prin-

cipio requeridos éramos Antonio López y yo. Pero que, como el primero se mostraba remiso a ello, habían optado por la colectiva ahora en cuestión.

Al final me pedían que les diera nombres: que qué artistas según mi opinión deberían conformar la exposición. Y yo recuerdo que les dije: “Hombre, yo creo que, si como me cuenta Rao, es Antonio de sus pintores españoles sobre todo admirados, esta exposición tendrá poco sentido para ellos sin él. Antonio, pues, es aquí la clave. Antes de nada, tratad de convencerlo, que, de no ser así, ya hablaremos”.

No debieron lograr esto último, es más, ni entenderse bien entre ellos mismos: el matrimonio chino y llamémosle también “artístico” y la futura consuegra española. Y esto digo porque no mucho después comenzaron a llamarnos por separado –y hablo ya en plural dado que, entre otros incluida María López, hija del famosísimo, me contaron que a ellos también–.

Rao y Angie, en reuniones que se hicieron interminables, seguían empeñados en la colectiva, sólo que, a falta de las de Antonio, de obras mías y de otros artistas realistas más jóvenes, los de la nueva hornada.

Y Cristina, a quien sin embargo no volví a ver, había concebido, por sí sola al parecer, otro proyecto de exposición sumamente distinto al ya hablado: una exposición donde estuvieran representados artistas españoles tan dispares como Darío Villalba, Rafael Canogar, Barceló, etc., que representaran asimismo a las diferentes provincias nuestras. O sea, que salvo en mi caso, se había olvidado ya del realismo en concreto.

Era, y debe seguir siendo, supongo, Cristina tan sobrada de teoría y palabras –lo suyo, confesaba, era lo digital, “las exposiciones virtuales”– que, habiéndome pillado en una de sus casi diarias llamadas telefónicas

en plena faena, con el auricular pegado, hacía ya casi una hora, en la oreja, me vi obligado a advertirle:

- Cristina, eres agotadora, que conste que sigo al teléfono porque no dejo mientras tanto de pintar. Pero sí, dime, te escucho. No te entiendo bien, pero te escucho.

Cristina un día desistió. Lo imaginé, sencillamente, porque dejó de llamarme. Pero no así Rao que, convencido al final de que sin la figura señera de Antonio López no obtendría el éxito deseado tal colectiva en China, optó por llevar allí una primera exposición de los jóvenes figurativos, en mayoría compañeros en los concursos de "Pintura al aire libre" suyos. A Angie y Rao, asiduos participantes en estos y de los que probablemente en parte se sustentan, no en pocos de ellos durante esos años, siendo yo del jurado, me los encontré. Siempre con sus imparables risas y diciéndome ¡maestlo, maestlo...! Como así también en el de Badajoz, en su plaza Alta, y para mi mayor sorpresa esa vez -ignoraba que estuvieran allí-, subidos en el pódium y recibiendo ellos de mis manos, ¡qué casualidad!, sus premios obtenidos. Y recuerdo que Angie, al recoger el suyo me besó con tal confianza y cariño que alguien que tenía a mi lado, quizás Javier Rubio, en broma me susurró después al oído: «Macho, has ligao»). Exposición ésta que llegó a celebrarse y, por lo visto, muy fructífera en ventas para respiro y alegría de sus autores, quienes ya de seguro que se sentirían bien pagados habiéndoles servido la misma para conocer China, como también me confirmaron más tarde Angie y Rao. Y a continuación (y sin prisas, como les dije yo) una mía personal.

Y en esas, reunión tras reunión, y a cuál más agotadora, estábamos cuando, uno de esos días, Rao me comunicó que a Antonio López y a mí nos invitaban a la inauguración del Dadu Museum of Art en Bei-

jing, dedicado a la pintura al óleo, y principalmente a sus tres grandes maestros: Jin Shangyi, Zhan Jianjun, ambos nacidos en Beijing, y Quan Shanshi, de Hangzhou. Ellos, hoy octogenarios, los introductores en China de dicho procedimiento nuestro, hasta entonces tan desconocido allí, cuyos artistas en su "arte tradicional" se expresan, como sabemos, mediante la tinta y sobre papel mayormente. De ahí, claro es, que los occidentales la llamemos "tinta china". Los tres -cosas que supe después- son en China venerados y gozan de gran credibilidad y poder. No en vano ellos los que en aquel vasto país durante siglos y siglos incomunicado y totalmente ajeno al arte de Occidente, dieron por fin a conocer en estas nuestras más cultivadas maneras: el óleo sobre lienzo, o tabla, que la usan menos. Y ellos, pues, creadores de esta escuela, por lo general recogida en Rusia y Francia, donde estudiaron, el referente básico, por no decir único, de este otro arte viejo nuestro pero nuevo en Oriente. Razón de que ellos le concedan tanta importancia igual a estos maestros que a la técnica, modos y estilos que importaron, pues todo un descubrimiento para el pueblo chino, y en particular para sus artistas.

Admiran, sobre todo, el Realismo en la pintura de Occidente, y concretamente en la española, porque nada más lejos de lo que fue hasta ahora su "pintura" histórica que la de Velázquez o Rembrandt, por poner estos ejemplos. O la nuestra, de los realistas españoles actuales. La de Antonio López y mía especialmente dado que ya hace la friolera de casi treinta años que Xing Xiaosheng, y de manera razonada (como más de una vez, me recordaba él mismo) las dio allí a saber. Después, naturalmente, juega también baza el seguimiento suyo, de los del mundo artístico chino, más que nada, se entiende, por internet. Como nada quizás más emparentado con la del arte tradicional suyo que la de cierta abstracción en nuestro arte. Y ejemplo aquí es la de Tápies, transpiradora de ese Orientalismo.

Acepté sin pensarlo demasiado la invitación porque, de paso, podía conocer las salas de los museos de las distintas ciudades de China donde en teoría se iba a celebrar la muestra de mis obras. (Tal vez pensaba que, como aquí, Francia o Italia, todo quedaba más a mano -digo yo ahora-, cuando en realidad, lo sabemos, China es inmensa y las distancias entre sus ciudades, por tanto, asimismo enormes. Y obvia decir que en siete días, que de estos se trataba, nos resultaría imposible visitarlas todas. Con conocer medianamente Beijing y sus alrededores podíamos darnos por satisfechos). Antonio, según Angie y Rao, no había aceptado hacerlo. El hombre, pensé yo, tendría sus razones, u otros proyectos que se lo impedían.

Vino conmigo mi hijo Miguel Ángel. Como arquitecto, le hacía ilusión conocer sus novísimos rascacielos y demás edificios construidos en Beijing cuando las famosas Olimpiadas. Y a mí me pareció bien, aparte de conveniente que me acompañara en aquella inicial aventura mía en un país tan distante y supuestamente distinto del nuestro. Él habla inglés, el idioma ya de todos con el que puedes recorrer el mundo -pensaba yo-. Lo que ni siquiera podía imaginarme es que entre los chinos -algo que sabría después- pocos, muy contados, son los que lo hablan.

También fue gran casualidad, o coincidencia, que después de tanto tiempo sin vernos, justo unos días antes de partir nosotros hacia Beijing me llamara Xing Xiaosheng.

- Hola, Naranjo. Soy Xing Xiaosheng, qué sorpresa, ¿no? Estoy en Madrid, con mi sobrina Lunan, y, si es posible, nos gustaría verte.
- Pero bueno... Qué alegría oírte, Xiaosheng. Y precisamente ahora... Sí, sí -y al oír de él no sé qué graciosa ocurrencia, uní mi risa a la suya, más estridente. Cómo no, estaré encantado de recibirlos. Sí, eso, esta tarde mismo. Ya conoces la dirección.

A pesar de que también en Xing Xiaosheng había dejado su huella el paso del tiempo, en su abundante cabello, ya encarecido y engrosado algo su cuerpo, creo que incluso de haber sido nuestro encuentro en cualquier otro sitio y sin saber que era él lo hubiera reconocido. Porque, por lo demás, su sonrisa y palabras socarronas seguían siendo las mismas.

Su sobrina Lunan, joven, guapa y la mar de agradable, era -me dijo Xing al presentármela-, historiadora del Arte, o estaba a punto de en ello graduarse. Y escribía en esos días sobre la pintura española actual: ¿quizás su tesis doctoral? No hablaba español, de modo que, en las pocas palabras, las obligadas, que cruzamos ella y yo, hubo de servirnos de traductor Xing Xiaosheng.

- Dice que el arte español le apasiona y que para ella es todo un lujo inesperado poder conocer así, de cerca, tus obras. Que te lo agradece infinitamente.

Tenía lugar este nuestro diálogo, cuando ya Lunan y Xiaosheng habían contemplado largamente el cuadro que yo esos días estaba haciendo: *Un lapso de ensueño*, que tenía sobre el caballete, y ahora alguna que otra obra anterior que, con la ayuda de Xing, yo les iba enseñando. Obras estas, por supuesto, que mi viejo amigo aún desconocía.

- ¡Oh, maestro, qué distintos, me encantan! Y que bien me viene conocerlas para el próximo libro que voy a escribir sobre vosotros. Claro, sobre Antonio y sobre ti, mis pintores, ya sabes, preferidos. Con Antonio hemos quedado a última hora de esta tarde. Es que aquí concluye este nuestro viaje por Europa. Mañana nos vamos.

Fue entonces que, asimismo para su sorpresa, le expliqué que nosotros también días después viajábamos a Beijing, y el motivo. Y él tuvo la acertada idea de vernos uno de esos días en Beijing y así poder hablar más tranquilamente del asunto que a mí le traía y me había comentado.

Ambos me dejaron sus tarjetas, y al poco nos despedimos, ahora, hasta ese cercano día en Beijing.

En vuelo directo Madrid - Beijing viajamos, con Angie y Rao, nosotros en preferencia y ellos en turistas. Los chinos son así de generosos. Su única hija, Yinong, estaba en Beijing, seguramente esperándolos como agua de mayo.

Sin embargo, quien nos esperaba ahora en el aeropuerto era el chófer, que más tarde supe del empresario que en colaboración y como apoyo al gobierno -algo, al parecer, allí muy habitual- había costado el Dadu Museum of Art. Que en un espléndido coche nos condujo a la capital, a una veintena de kilómetros del aeropuerto. Y de allí hasta aquel edificio, asimismo espléndido, en la zona más moderna, aunque céntrica, de Beijing. Donde nos recibió Lisa, secretaria, según nos dijo Rao, del rico y poderoso empresario. La Lisa joven, alta, delgada y guapísima, de modos exquisitos, que cuidaría de nosotros esos días cual hada madrina. Sobre todo mía, dado que, como si fuera mi sombra, no se separó ni un instante de mí en nuestras visitas a los sitios más valiosos de la ciudad y sus alrededores.

Grandioso también el edificio que iba a albergar las obras de los más reconocidos artistas a las maneras occidentales. Del conocido arquitecto japonés Tadao Ando. Llegamos a él pronto, sobre las tres de la tarde. El museo se inauguraba una hora después, y nos dio sobrado tiempo para recrearnos en su arquitectura. Luego pasamos a aquel amplio pasillo de espera, desde donde una caudalosa cascada de agua que a lo largo lo

recorría nos permitía ver los otros edificios de enfrente en la calle en la que el museo se hallaba ubicado, sobre los que aún se enseñoreaba la dorada luz del mediodía.

En la terraza de su patio interior y al calor del sol, Miguel y yo tomábamos unos gin-tonics cuando Rao llegó a avisarnos de que las autoridades que inauguraban el museo ya se encontraban allí, y esperando algunas de ellas conocernos, lo cual no dejó de sorprenderme. Qué distinto –pensé– de lo que suele ocurrir con nosotros, los artistas, en España.

Se hallaban entre ellas –Rao por lo bajo nos lo iba explicando– el alcalde de Beijing (cuyo número de habitantes veintisiete millones seiscientos mil), a quien nos presentó primero. Por supuesto, el empresario, en realidad dueño del museo, como me aclaró Rao; los citados grandes maestros y otros artistas más jóvenes, en su mayoría, como supe después, discípulos suyos en la pintura al óleo. Seguramente éstos los más destacados y merecedores de tener obras suyas allí. Todos, en corro en torno a nosotros, nos fueron saludando entre grandes risas y aspavientos, a la vez que comentaban sobre nosotros, en voz alta, entre ellos. ¿Qué estarán diciendo? Pena no entender su idioma –no pude evitar preguntarme (y recriminarme) para mis adentros–. Todos vestían trajes impecables oscuros, con corbatas, es decir, no al modo suyo, sino occidental. “Menos mal –pensé también al respecto– que Marta está en todo y nos echó estos trajes que llevamos y las corbatas que trajimos de Italia”.

Un señor, solemnemente –la solemnidad, como deduciría desde el principio de mis experiencias en China, les encanta, igual que los discursos: y brindis, ellos brindan en todo momento y por todos y todo en las comidas y celebraciones de eventos: en realidad siempre que tienen

(o tenemos) una copa en la mano-, inclinándose e invitándonos a entrar con los brazos abiertos, nos abrió las puertas, dejándonos paso.

El salón de actos al que, después de recorrer un largo pasillo, llegamos, era enorme -todo en China es inmenso-, y una inmensa muchedumbre también lo abarrotaba, sentada ya en sus sitios: ni uno vacío. Reinaba un silencio absoluto.

Teníamos los nuestros reservados, con nombres incluidos, sólo que con "l" y no con "r" el apellido que nos es propio, en primera fila.

El gentío irrumpió en aplausos no más salir la primera persona al escenario: una azafata bellísima, cuya piel parecía de porcelana, que se acercó al atril con micrófono.

Acto seguido fueron llegando los grandes maestros, el empresario y algunos de los otros que antes habíamos saludado, encabezado dicho grupo del alcalde, y tomando asiento en los señoriales sillones que había al fondo.

Tomó primero la palabra, toda vez que la azafata, al parecer, los presentara al respetable, el empresario. Quien en medio de su larga perorata y de manera muy efusiva fue citando los nombres de los que, casi al unísono, desde las primeras filas se levantaban, volviéndose hacia atrás y los lados, inclinando una y otra vez sus cabezas y con las manos juntas, como si en lugar de dar las gracias, estuvieran orándole o pidiéndoles perdón a los presentes.

Y yo andaba distraído, como prácticamente siempre, pensando en mis cosas, cuando, ¡oh, sorpresa!, oigo el mío aunque con ele, y Miguel, al que tenía a mi lado, me da con el codo. Fue muy fugaz el lapso de tiempo en el que, desconcertado, me costó reaccionar. Por lo que apenas debió notarse. Dado que casi de inmediato yo también me levanté e hice

lo mismo que lo que había visto hacer a los otros. Y es más, no es por nada, pero creo que me salió muy bien. O al menos eso me dijeron Rao, Angie y Miguel.

No recuerdo ahora si los otros en sus seguidas intervenciones, pero sí que en la suya, la última, asimismo me citó el señor alcalde, y este pronunciando mi apellido correctamente, con erre, caso allí raro. Y esta segunda vez aún me salió mejor mi actuación correspondiente: suelo aprender lo que me interesa bastante rápido.

Mayor aún sería la sorpresa que nos esperaba cuando, nada más entrar nosotros en las primeras salas del museo, un chino joven se dirigió a mí, indicándome las cámaras de televisión –de la televisión estatal, la única que tienen allí, sólo que con sus distintos apartados, el canal dedicado al arte entre estos, según antes nos había detallado Angie.

El chico me decía algo que, una vez más, lógicamente no entendía. Hasta que Yinong, a quien Miguel y yo ya conocíamos, nos salió al quite. Ella, al contrario de los padres, habla con gran soltura español. ¿Tal vez mejor que chino? Es probable, puesto que desde conocerla me pareció más que de sangre china, española.

- Dice que desean entrevistarte, viendo la exposición y dando tu opinión sobre los cuadros, me aclaró Yinong.

Difícil y comprometida papeleta, pensé yo, echando un ligero vistazo a los cuadros que nos caían más cerca. ¡Coño, si me parecen como si ya de siempre los hubiera visto! ¡Ah, claro! ¡No son estos, sino los de los pintores franceses, rusos o españoles que a su forma ellos han imitado! Pero debo deshacerme en halagos, única manera de salir airoso de este aprieto. Y más con lo que nos espera por delante.

Y ahí me hubierais visto. Inventándome ante aquellas pinturas que me recordaban a las de Monet, Cézanne, Van Gogh, Pissarro, Bonard, ... O los nuestros del XIX o costumbristas, hasta lo inventable y usando todos los tópicos habidos y por haber.

No sé quién de ellos, en mi más cercana estancia en Beijing, me dijo que la había visto cuando la emitieron en su día, y que le había gustado sobremanera. Seguramente, ni entendieron los chinos lo que yo decía, y eso que era Yinong quien me traducía.

La entrevista fue larga, sobre todo porque entremedias ya se acercaban a mí no pocos artistas para saludarme. Tal vez los mismos que después me enseñaban sus obras allí expuestas para saber también cuál era mi parecer sobre ellas.

Lo que sí nos quedó a Miguel Ángel y a mí más que evidente es que mis obras allí eran mucho más conocidas de lo que pensábamos, y que conocer a su autor, es decir, a mí, mi criterio sobre las suyas y fotografiarse conmigo suponía su mayor ilusión. Algunos portaban el libro mío de Lunweg, publicado aquí en 2005, para que se lo dedicara y así quedara plasmado en aquella foto para el recuerdo. Ya se sabe que la fotografía, como lo ya dicho, les vuela locos. Pues eso, tan locos como me tenían a mí y califico en el título de estos escritos los días que hasta hoy pasé con ellos.

Creo que fue el siguiente día cuando tuvimos una reunión con los tres grandes maestros, a quienes acompañaban el ya famoso empresario, él –que no lo dije– hombre aún bastante joven. A nosotros, además de Angie y Rao, su hija Yinong, que nos serviría de gran ayuda a fin de transmitirles con mayor fidelidad que ellos, de seguro, las palabras mías esa tarde-noche.

Con extremado rigor protocolario –asimismo muy de ellos–, tanto en el orden de sentarnos en aquella mesa, “enorme” y alargada, como en el de presentarnos e intervenir, el primero en hacerlo fue también el empresario, cuyo discurso, llegué a temerme, tenía todos los visos de ser inacabable. Hablaba con grandilocuencia, y en tanto lo llevaba a cabo, nos miraba una y otra vez a nosotros, y a los maestros, que estaban a su lado; nosotros enfrente. A continuación, mirándonos uno por uno, en voz más baja y como con sumo respeto y cariño, hablaron los tres maestros. Y es curioso, los tres habían posado antes sus miradas con cierto detenimiento en el asiento que quedaba vacío. ¿Sería éste, llegué a pensar yo, el que tenían en principio dispuesto para Antonio López y de ahí su escrutinio? Las palabras de los tres fueron muy breves. Solo uno de ellos, el que aparentaba ser de edad mayor, se extendió más en ellas y mirándome de continuo a mí mayormente. Tanto que, cuando terminó su discurso, aun dudando si realmente y según su protocolo me correspondía, me animé y les solté el mío. Había escuchado en voz de Yinong, que nos traducía, sus palabras de acogida, de elogios a mi obra y después referentes a los propósitos que allí nos llevaban: el proyecto de mi exposición en China, dónde y cómo llevarla a cabo y, sobre todo, su financiación. A lo que él, adelantándose –debía saber ya del tema por Rao–, al final argumentaba: “... y sepa nuestro admirado maestlo Nalanjo –así, imagino, que lo diría él– que nos gustaría, más que una exposición aquí sólo de él, una de intercambio en ambos sitios, en China y España, de los tres mejores maestros de un lugar y otro: nosotros –y él, que estaba en el centro, había señalado a los otros dos, a sus lados izquierdo y derecho–, y el maestlo Nalanjo, Antonio López y el otro, que, como lo desconocemos, a elegil pol vosotros”. No me había quedado muy claro, pero en definitiva yo entendía que una de ellos en Madrid y otra nuestra en Beijing. Cuál de estas antes o después tampoco lo había especificado.

Esto rompía nuestros esquemas, o, mejor dicho, nada tenía que ver con nuestro proyecto concebido. Pero el asunto se nos mostraba, al menos a mí, de lo más delicado: estaban por medio los amores propios; así que debía cuidar mucho mis palabras.

Como creí que, por educación, era lo correcto, empecé diciendo que le agradecíamos mucho su amable recibimiento, y que suponía para nosotros un gran honor y contento conocerlos a ellos, los tres grandes maestros, de los que ya, y cómo no, tan encarecidamente habíamos oído hablar. Después, por si no era suficiente, opté por regalar a sus oídos no pocos elogios a China, “vuestro país” –su país, en el que, en verdad, acabábamos de tomar tierra y del que, al menos Miguel y yo, todavía no conocíamos nada, lo ignorábamos prácticamente todo. Pero donde puse más ardor, pues al modo suyo, fue en mi respuesta a las últimas palabras del maestro que acababa de hablar:

“... y decirles que estoy totalmente de acuerdo con su feliz idea –dije mirándolo a él–, créanme que sería estupendo”. Hasta aquí mi vaselina, la que pensé que no nos vendría nada mal habida cuenta de lo que les iba a aclarar a renglón seguido: “pero hemos de precisar. Me consta que Uds, los artistas chinos de reconocido prestigio, gozan de mucho poder y que incluso no les sería difícil costear la muestra suya en España. Pero, ahora bien, no así nosotros, en cambio, allí realmente unos desgraciados y que, en todo caso, dependemos para estas cuestiones de las instituciones nuestras, bien oficiales o privadas, y se dan las tristes circunstancias, como ya sabrán, de que en España ni siquiera estas tienen un duro, perdón, euro”.

Recuerdo que cuando Yinong esto les tradujo, rompieron ellos a reír, y no sé si hasta me aplaudieron. Y yo, que pensaba decir otras cosas, me olvidé de ellas y di por terminado mi discurso, porque así creí que debía

hacerlo. De modo que sencillamente añadí: “gracias, gracias” -inclinando, claro es, la cabeza y con las manos juntas.

El empresario, en voz baja, comentó algo, y todos se levantaron. Era evidente que daban por terminada la reunión,

Antes de despedirnos, le pregunté a Yinong, quien todo el largo rato había estado a mi lado:

- Oye, Yinong, ¿qué es lo que ha dicho por último el empresario? ¿Acaso él sí ha dado alguna respuesta a mis argumentos finales?
- Ah, bueno... Eduardo, perdona. Él ha dicho que, como los grandes maestros desean invitarnos esta noche a cenar, ya se hablará allí de estas cosas.

Ya de vuelta al hotel, en el lujoso coche del empresario, y de cara a si esa noche llegábamos a un acuerdo con ellos, iba yo barajando (y probablemente también Rao) quién de nuestros pintores, o escultores quizás, podría ser el tercero en la muestra de Beijing que proponían. O ¿el segundo también?, porque, aunque el maestro que había hablado más de largo y tendido había hecho hincapié que Antonio López fuera uno de estos, no las tenía yo todas consigo en cuanto a él.

- No, maestro -me aseguraba en tanto comíamos Rao, chino atípico, pues, como veis, sí pronuncia la erre-, cómo negarse Antonio López a exposición así, ¡importantísima! Muy importante... Sólo otro, y tú más sabes.

Así que allí, en la impresionante suite que me había correspondido y sentados Angie, Rao y yo en la enorme cama -Miguel había desaparecido-, esa misma tarde, en la que largas horas trataríamos sobre el

asunto, empecé a darle giros y más giros a este en mi cabeza. Pensé, e incluso los cité, en Cristóbal Toral, Carmen Laffón, y también en Julio López. Pero al ver que Angie y Rao se mostraban dudosos, seguí reflexionando sobre ello... Y de pronto caí en la cuenta de quién el más idóneo para el caso; que otra cosa era que Angie, Rao y, lo que podría ser aún peor, los chinos en general lo conocieran; o, en cualquiera de los casos, que les gustara su obra, «dado que tan especial...», llegué a temerme yo.

- Sí, claro, ¡José Hernández!

La respuesta de Rao, corroborada acto seguido por Angie, disipaba en principio mis dudas, y me permitió albergar en cuanto a los gustos de aquellos seres de ojos distintos ciertas esperanzas:

- Ese, maestro. Pepe... A mí me gusta mucho.

La cena tenía lugar en uno de los restaurantes suyos de alto copete, de los que allí abundan, en una sala reservada, como después comprobé que acostumbraban hacer cuando los comensales son muy o medianamente significados. No estaba el rico empresario, pero sí una guapa joven, que hablaba bien español. A falta de Yinong, que no pudo ir con nosotros, no nos vendría mal -pensé yo-, dado tan poco fiable el de Angie y Rao, y la posibilidad, como así fue, de que ninguno, salvo Miguel, hablara inglés. Sí había uno de ellos, ahora que recuerdo, que más o menos lo chapurreaba, y de algo nos sirvió.

Bueno, nos sirvieron al menos los dos para hacer más entendible y fluido nuestro diálogo. Porque la velada transcurrió en una interminable conversación entre nosotros en exclusiva a título, digamos, personal.

En la que no se cansaban de preguntarme cosas como cuál mi manera de pensar en temas relacionados con el arte, de concebir mis cuadros, su técnica, proceso... Nunca me preguntaron, es curioso, que qué pensaba de los suyos, sino que se limitaron fundamentalmente a contarme sus peripecias personales en sus visitas o paraderos por estos otros mundos de Occidente; principalmente Rusia y Francia, ya lo dije, es decir, en Moscú y París. Pues, para mi asombro, en tan dilatado tiempo, como estuvimos, ni la mínima alusión al asunto que yo entendía que allí, a esa cena, nos había conducido. Yo, de tarde en tarde, eso sí, y por lo bajini, algo sobre ello le había preguntado a Rao, a quien tenía a mi derecha. Pero tantas veces como lo hice, él me respondía: “Maestro, esperar, ahora no oportuno”. Y a todo esto, lo cual natural tratándose de chinos, entre risas, muchas risas e inclinaciones de sus cabezas con las manos también en ciertas ocasiones juntas, lo dicho, como si más que conversando o asintiendo, estuvieran orando, o más exacto, adorando a su interlocutor.

Y así quedó la cosa, o sea, sin aclarar y sin otra oportunidad para poder aclararla, puesto que, en los restantes días nuestros en China, en Beijing concretamente, no volvimos a saber de los grandes maestros.

Si mal no recuerdo, fue el día posterior a lo acontecido y acabado de contar, cuando comimos en el hotel donde nos alojábamos -de máximo lujo, tal vez el más conocido e importante de Beijing- con Xing Xiaoheng. Él y yo hablamos de muchas cosas, y al final me pidió que firmara mi autorización para el nuevo libro que pensaba escribir sobre nosotros, y así hice. Como, por lo visto, ya había hecho Antonio López en Madrid. Libro curiosamente éste del que, en cambio, después y a lo largo de estos últimos años, jamás supe. Al menos por él, el autor y amigo de quien esto dice.

Los días restantes los dedicamos a ver los museos. En cinco o seis estuvimos, entre estos, en el que Rao nos había dicho que se iba a celebrar mi exposición, ya acordada, en Beijing. Así como en el que se había celebrado la de los jóvenes pintores españoles amigos suyos. Con gran éxito de venta, como me había dicho. Algo ya inaudito e inconcebible en cualquier museo de Occidente, y sí más propio, en realidad lo suyo, de una galería comercial. Que en verdad es lo que me pareció en su trajín aquel museo de fachada majestuosa por dentro. Estaban disponiendo los cuadros –de su arte tradicional– para la próxima exposición, y uno de los que lo hacía nos vio y se acercó a saludarnos, lo cual aprovechó Rao para presentarnos. Era el director, según Rao, quien juntó sus manos sonriéndome e inclinando una y otra vez su poblada testa.

- ¡Chacho...! –me salió, a saber por qué, esta nota extremeña–, ¿pero tantos museos hay en Beijing?

A lo que él respondió:

- Sí, sí, maestro. Más o menos, ¿no así decí vosotros?, ciento veinte. ¡Sí, o más, no sé...! –añadió al ver mi cara de asombro.

Aun así, al respecto seguí teniendo mis dudas y le comenté después a Miguel: “yo creo que Rao se confunde, debe referirse a China en su totalidad. Si bien, cuestión esta que, por cierto, hasta hoy no he averiguado, tal vez, si me acuerdo, lo haré algún día.

Otro de esos días visitamos su llamado Barrio de la Cultura. Con viviendas, comercios, algunas galerías de arte..., en edificios de una o dos plantas, al estilo suyo tradicional. Por lo general, de rabiosos verdes, rojos y amarillos, sobre todo sus rótulos, en la gráfica de ellos, tan artística. Estos también les encanta. Acude ahora a mi memoria el cartel

que con mi cuadro *La imagen de los tiempos perdidos* hicieran los japoneses –en realidad sus antiguos hermanos, aunque desde la cruel guerra entre ellos se odian– para la exposición nuestra “Realismos: Arte Contemporáneo Español”, que recorrió las principales ciudades suyas allá por 1992. Pues igual: en letras de ellos los titulares en esos llamativos colores. En el fondo un insulto, había pensado yo al verlo, al silencioso recogimiento y sería denuncia del mismo. Había asimismo muchas tiendas de artículos para las Bellas Artes. Y estudios en sus partes altas –nos explicaban Angie y Rao– de pintores. Independientemente de aquellos otros que hacían sus cuadros, o simulaban hacerlos, en las mismas tiendas o galerías, ¿para atraer a los turistas? Aunque, a decir verdad, occidentales se veían muy pocos, pues la mayoría autóctonos, ¿quizás sí de otras ciudades o provincias?

También a conocer sus cuantiosos templos. En uno de estos aquel famoso Buda en pan de oro. Gigantesco y aun así tallado en un solo tronco de árbol, traído de no sé qué lejano sitio. Me lo dijo Rao, pero lo he olvidado. Tan monumental que ni desde abajo ni los lados del sacrosanto espacio del lugar –no muy amplio, bien es cierto– lo abarcaba el objetivo de mi cámara. En nuestro recuerdo, sobre todo, cómo no, los de la Ciudad Prohibida, donde inevitablemente estuvimos hablando de la película *El último emperador*, allí rodada. Pero la guinda de ese día, al menos para mí, fue la Casa-Museo de Confucio. En ella, donde permanecimos tal vez el más largo rato, cuadros, fotografías algunas y escritos que nos hablan de su filosofía, más que doctrina, si bien esta su filosofía en no pocas cosas tanto tiene en común con la palabra de Cristo: “Lo que no quieras que te hagan a ti, no lo hagas a otros”, dice Confucio. ¿No os parece al fin y al cabo el significado de su lema idéntico al del segundo (y nunca mejor dicho) cuando afirma “ama a tu prójimo como a ti mismo”?

Creo que fue el penúltimo día de nuestra estancia en Beijing cuando recorrimos aquella milimétrica parte de la popularísima Muralla suya. En esa ocasión, de nuevo nos acompañaba Lisa. En el coche de lujo, que conducía el mismo simpático joven, fuimos hasta el lugar del que partía el funicular que nos llevaría hasta los aledaños del tramo de estas que queda más cercano a Beijing.

En acentuadísima pendiente, la Muralla, interminable y ya producto de siglos, se adentra en la más alta montaña de la zona, desde donde en las profundidades se divisa un paisaje paradisíaco, formado por las otras y otras, hasta alcanzar nuestra vista, ya más tenues y grises, las últimas en su lejanía.

Sabíamos -nos lo habían advertido- que debíamos llevar el calzado adecuado, pero no así hicimos Lisa y yo, que íbamos con el nuestro normal. Y, a mayor inri, el de Lisa, con tacones. ¿Tal vez lo suyo por coquetería? Dado que yo por despiste, y eso que Marta, para la ocasión, me había echado las zapatillas. ¡Qué calamidad la mía!

En la subida, Luisa iba aferrada a mi brazo, como si sólo uno fuera el incapacitado, cuando ciertamente los dos, más o menos, íbamos en igualdad de condiciones, pues tanto era así que, al resbalar juntos en una de esas, nadie supo quién de ambos lo había hecho o quién sujetaba a quién.

Yo portaba mi cámara, y no cesaba de hacer fotografías, desde un sitio y otro, del bello paisaje. Y me resultó al menos extraño que Lisa, como lo más natural del mundo, prácticamente a manotazos, aunque, eso sí, diciéndoles algo por lo bajo -¿quizás que yo era un personaje importante?- apartara constantemente a las personas que podrían suponerme para ello un obstáculo. Debían ser, recuerdo que imaginé yo, las secuelas del viejo régimen, tan apegadas ya en ellos que incluso aún

se manifestaban en alguien como Lisa, casi una niña (veintipocos años los suyos) y que no mucho, por lo tanto, lo habría vivido.

Días después, abandonábamos Beijing. Nos acompañaba la encantadora Lisa. Poníamos fin a aquella primera visita, y corta estancia, a la populosa, caótica y en sumo contaminada capital de China, un país, que se dice muy pronto, con mil cuatrocientos millones de personas.

Lo que no sabía entonces yo es que tardaría menos de lo que pensaba en volver a él, pero en principio no a Beijing, en la que el primer día, lo recuerdo, confundí su preocupante contaminación, con niebla, sino a Hangzhou, su más bella ciudad y en la que en cambio suele lucir un cielo limpio y despejado. De ella y de nuestra inolvidable experiencia entre su gente he de hablar en el próximo capítulo. Añadir ahora tan sólo que, no por lo últimamente dicho, dejé de sentir cierta desazón cuando, ya despegando el avión, contemplamos desde las alturas la descomunal urbe, y un no sé qué de añoranza ya de Lisa. Aunque, ¿quizás Miguel más que yo?

Eduardo Naranjo. Madrid, 15-1-2017.